

— Mirad, condesa; también yo voy á ser franco á mi vez : tengo miedo.

— ¿ De qué ?

— De que contéis esto á alguno y se burlen de mí.

— Entonces se burlarán de los dos, supuesto que yo también voy.

— En resumen, condesa, vos me decidís. Además, si me descubrieseis, yo diré....

— ¿ Qué diréis ?

— Que habéis venido conmigo mano á mano.

— No os creerán, duque.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! condesa, si S. M. no estuviese allí.

— ¡ Champagne, Champagne ! por aquí, detrás de estos matorrales, que no nos vean. Germán, la portezuela. Ahora, á Paris, calle de San Claudio, y en el Marais, y á escape.

## VIII

## El correo

En la sala de la calle de San Claudio en donde nemos introducido ya á nuestros lectores, estaba Bál-samo sentado al lado de Lorenza despierta, y trataba de ablandar por medio de la persuasión aquel espíritu rebelde á todos los ruegos.

Pero la joven miraba de reojo, como Dido á Eneas pronto á marchar ; sus labios sólo se desplegaban para hacer reproches, y si su mano se extendía era para rechazar.

Quejábase de hallarse presa, de ser esclava, de no poder respirar ni ver el sol ; envidiaba la suerte de las más pobres criaturas, de los pájaros, de las flores, y llamaba á Bál-samo su tirano.

Luego, pasando de la reconvención á la cólera, hacía trizas las ricas telas que le había dado su marido para distraer con aquellas coqueterías la soledad que le imponía.

Por su parte, Bál-samo le hablaba con dulzura y la miraba con amor, dejando ver que aquella irritable criatura ocupaba un vasto espacio en su corazón, si no en su vida.

— Lorenza, le decía, querida hija mía, ¿ por qué me muestras ese espíritu de hostilidad y de resistencia ? ¿ Por qué no vivir conmigo que os amo más allá de todo encarecimiento, como una compañera dulce y

afectuosa? Entonces no tendríais nada que desear; seríais libre para dilataros al sol como esas flores de que me acabáis de hablar, para extender vuestras alas como esos pájaros cuya suerte envidiáis; entonces iríamos juntos á todas partes, no solamente volveríais á ver ese sol que tanto os encanta, sino también los soles facticios de los hombres, esas reuniones á que concurren las mujeres de este país, y seríais feliz según vuestros gustos, haciéndome á mí feliz á mi manera. ¿Por qué no queréis, Lorenza, esa felicidad que, con vuestra hermosura y vuestra riqueza, excitaría los celos de tantas mujeres?

— Porque me causáis horror, respondió la fiera joven.

Bálsamo fijó en Lorenza una mirada de cólera y de compasión á la vez, y dijo:

— Vivid pues como os condenáis á vivir, y supuesto que sois tan fiera no os quejéis.

— Tampoco me quejaría si me dejaseis sola, y si no me forzaseis á hablar. Permaneced lejos de mi presencia, ó cuando vengáis á mi prisión no me digáis nada, y yo haré como esos pobres pájaros del Sur que están enjaulados: mueren, pero no cantan.

Bálsamo hizo un esfuerzo sobre sí.

— Vamos, Lorenza, dijo, tened dulzura y resignación; leed siquiera en mi corazón, en un corazón que os ama sobre todas las cosas. ¿Queréis libros?

— No.

— ¿Y por qué no? los libros os distraerían.

— Quiero disgustarme tanto que me mate el pesar.

Bálsamo se sonrió, ó más bien trató de sonreírse.

— ¡Estáis loca! dijo. Sabéis bien que no moriréis mientras esté yo aquí para cuidaros, para curaros si caéis enferma.

— ¡Oh! exclamó Lorenza. No me curaréis el día

en que me halléis en estas rejas estrangulada con esta faja.

Bálsamo se estremeció.

— El día en que, continuó Lorenza exasperada, me haya sumido este puñal en el pecho.

Bálsamo, pálido y cubierto de un frío sudor, miró á Lorenza y le dijo con amenazadora voz:

— No, tenéis razón; ese día no os curaré, pero os resucitaré.

Lorenza lanzó un grito de espanto, pues no conocía límites al poder de Bálsamo y creía en su amenaza.

Bálsamo quedaba salvado.

Mientras que Lorenza se abismaba en esa nueva causa de su desesperación que ella no había previsto, y mientras que su razón vacilante se veía encerrada dentro de un círculo de torturas insalvable, resonó á los oídos de Bálsamo por tres veces y compasadamente el timbre de la campanilla agitada por Fritz.

— Un correo, dijo.

Luego, después de un corto intervalo, se oyó otro sonido.

— Y urgente, añadió.

— ¡Ah! exclamó Lorenza. ¿Conque vais á dejarme? Bálsamo cogió la fría mano de la joven.

— Os lo repito por la última vez, Lorenza, dijo; vivamos en buena armonía, fraternalmente; supuesto que nos ha unido el destino, hagamos del destino un amigo y no un verdugo.

Lorenza no respondió. Su vista fija y sombría parecía buscar en lo infinito una idea que se le escapaba eternamente, y que quizá no la hallaba ya por haberla perseguido demasiado, como sucede á aquellos cuya vista ha solicitado con demasiado ardor la luz después de haber vivido en las tinieblas.

Bálsamo le cogió la mano sin que ella diese señal

de existencia ; luego dió un paso hacia la chimenea.

En el mismo instante salió Lorenza de su estupor y fijó ávidamente los ojos en él.

— ¡ Oh ! murmuró Bálamo, tú quieres saber por dónde salgo, para salir tú un día y huir como me has amenazado : y por eso te despiertas y me sigues con la vista.

Y pasando su mano por la frente, cual si se impusiera á sí mismo una violencia penosa, extendió aquella misma mano hacia la joven, y con tono imperioso, lanzándole hacia el pecho y los ojos su mirada y su gesto como un dardo :

— Duerme, le dijo.

Apenas había pronunciado esta palabra cuando Lorenza se dobló como una flor sobre su tallo ; su cabeza, vacilante un instante, se inclinó y fué á apoyarse sobre el almohadón del sofá. Sus manos, de una blancura mate, se deslizaron á los lados rozando su vestido de seda.

Al verla tan bella, Bálamo se acercó y apoyó sus labios sobre aquella hermosa frente.

Entonces toda la fisonomía de Lorenza se regocijó cual si un soplo salido de los labios del mismo amor hubiese alejado de su frente la nube que la oscurecía. Su boca se entreabrió, sus ojos nadaron en voluptuosas lágrimas, y Lorenza suspiró como debieron suspirar esos ángeles que, en los primeros días de la creación, se enamoraron de los hijos de los hombres.

Bálamo la miró un instante como un hombre que no puede dejar su contemplación ; luego, como sonase de nuevo la campanilla, se lanzó hacia la chimenea, oprimió un resorte y desapareció detrás de las flores.

Fritz lo aguardaba en el salón con un hombre en traje de correo.

La fisonomía vulgar de éste revelaba un hombre del

pueblo, y solo sus ojos entrañaban una partícula de fuego sagrado que se habría dicho le había sido comunicada por una inteligencia superior á la suya.

Su mano izquierda estaba apoyada en un látigo corto y nudoso, mientras que la derecha trazaba signos que Bálamo reconoció después de un corto examen, y á los que respondió mudamente rozando su frente con el dedo índice.

La mano del postillón subió al punto al pecho y trazó un nuevo signo tan parecido al que se hace para echarse un botón, que un indiferente no lo habría reconocido.

Á este último signo el maestro respondió mostrando una sortija que llevaba en el dedo.

Ante este símbolo temible, el enviado hincó en el suelo la rodilla.

— ¿ De dónde vienes ? preguntó Bálamo

— De Ruán, maestro.

— ¿ Qué haces ?

— Soy correo al servicio de madama de Grammont.

— ¿ Quién te ha colocado en su casa ?

— La voluntad del gran Copto.

— ¿ Qué orden has recibido al entrar á su servicio ?

— La de no tener ningún secreto para el gran maestro.

— ¿ Á dónde vas ?

— Á Versalles.

— ¿ Qué llevas ?

— Una carta.

— ¿ Para quién ?

— Para el ministro.

— Dádmela.

El correo entregó á Bálamo una carta que acababa de sacar de una bolsa de cuero que llevaba á la espalda.

— ¿Debo aguardar ? preguntó.

— Sí.

— Aguardo.

— ¡ Fritz !

El alemán se presentó.

— Oculta á Sebastián en la despensa.

— Bien está, señor.

— ¡ Sabe mi nombre ! murmuró el adepto con supersticioso espanto.

— Él lo sabe todo, le replicó Fritz conduciéndolo.

Bálsamo se quedó solo; miró el sello puro y profundo de aquella carta, que los suplicantes ojos del correo parecían haberle recomendado respetase lo más posible; luego, lento y pensativo, subió al cuarto de Lorenza y abrió la puerta de comunicación.

Lorenza seguía durmiendo, pero fatigada, enervada por la inacción. Le cogió la mano que ella cerró convulsivamente, y aplicó sobre su corazón la carta del postillón sin levantarle el sello.

— ¿ Veis ? dijo.

— Sí, veo, respondió Lorenza.

— ¿ Qué es lo que tengo en la mano ?

— Una carta.

— ¿ Podéis leerla ?

— Puedo.

— Entonces leed.

Lorenza, con los ojos cerrados, el pecho jadeante, recitó palabra por palabra las líneas siguientes, que Bálsamo iba escribiendo á medida que ella hablaba :

« Querido hermano,

» Como lo había previsto, mi destierro nos servirá á lo menos para algo. Esta mañana he estado con el presidente de Ruán : es de los nuestros, pero es tímido.

Le he apurado en tu nombre, por último he logrado decidirlo, y antes de ocho días estarán en Versalles las representaciones de su compañía.

» Salgo inmediatamente para Rennes, á fin de activar un poco á Karadeuc y La Chalotais que se duermen.

» Nuestro agente de Caudebec se hallaba en Ruán, y lo he visto. La Inglaterra no se quedará en el camino; está preparando una enérgica notificación al gabinete de Versalles.

» X... me ha preguntado si había que presentarla, y yo lo he autorizado. Recibirás los últimos folletos de Thevenot, de Morande y de Delille contra la Dubarry. ¡ Son unos petardos capaces de hacer saltar una ciudad !

» Había llegado á mis oídos un rumor siniestro; corrían voces vagas de desgracia; pero como tú no me has escrito, me río de ellas. Sin embargo, no me dejes en la incertidumbre y escribeme sin pérdida de correo, pues tu mensaje me hallará en Caén, en donde tengo que ver á algunos de los nuestros.

» Duquesa de GRAMMONT. »

Lorenza se paró después de esa lectura.

— ¿ No veis nada más ? preguntó Bálsamo.

— No veo nada.

— ¿ Ni postdata ?

— No.

Bálsamo, cuya frente se iba desarrugando á medida que leía Lorenza, volvió á tomar la carta de la duquesa.

— ¡ Documento curioso que me pagarían bien caro ! dijo.

— ¡ Oh ! ¡ cómo se escriben semejantes cosas ! añadió. Sí, las mujeres son las que pierden siempre á los

hombres superiores. Ese Choiseul no ha podido ser derribado por un ejército de enemigos, por un mundo de intrigas, y el simple soplo de una mujer lo echa por tierra acariciándolo. Sí, todos nosotros perecemos por la misma traición ó la debilidad de las mujeres... Si tenemos corazón y en este corazón hay una fibra sensible, somos perdidos.

Y al decir estas palabras, Bálamo miraba con indecible ternura á Lorenza palpitante bajo aquella mirada.

— ¿Es verdad lo que pienso? le dijo.

— No, no es verdad, replicó Lorenza ardientemente. Ves muy bien que yo te amo demasiado para hacerte mal como todas esas mujeres insensatas y sin corazón.

Bálamo se dejó enlazar por los brazos de su encantadora.

De súbito resonó dos veces la campanilla agitada por Fritz.

— Dos visitas, dijo Bálamo.

Un violento campanillazo terminó la frase telegráfica de Fritz.

— ¡Importantes! continuó el maestro.

Y desembarazándose de los brazos de Lorenza, salió de la sala dejando á la joven dormida.

Bálamo encontró al paso el correo, que aguardaba las órdenes del maestro.

— Ahí está la carta, dijo.

— ¿Qué debo hacer de ella?

— Entregarla á quien dice el sobre.

— ¿No tenéis más que ordenarme?

— Nada más.

El adepto miró la cubierta y el sello de la carta, y al verlos tan intactos como al principio, manifestó su gozo y desapareció en las tinieblas.

— ¡Qué desgracia no poder guardar semejante do-

cumento autógrafo, y sobre todo qué desgracia no poder entregarlo por persona segura en manos del rey!

Al decir esto se presentó ante él Fritz.

— ¿Quién está ahí? preguntó Bálamo.

— Una mujer y un hombre.

— ¿Han venido aquí alguna otra vez?

— No.

— ¿Los conoces?

— No.

— ¿Es joven la mujer?

— Joven y hermosa.

— ¿Y el hombre?

— De unos sesenta á sesenta y cinco años.

— ¿En dónde están?

— En el salón.

Bálamo entró.